

## EL TRANSCURRIR DE LA VIDA DIARIA

*Dr. Mario Humberto Ruz Sosa*

*Coordinador del Centro de Estudios Mayas en el Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.*

*mhruz@avantel.net*

*Página personal*

*<http://www.filologicas.unam.mx/cem/plantac/RuzSMario/RuzS-Mario.htm>*

**Fecha de entrega:01 de junio**

**Fecha de aceptación:02 de julio**

## EL TRANSCURRIR DE LA VIDA DIARIA

### RESUMEN

Con base en testimonios arqueológicos y fuentes coloniales tempranas, se esboza un retrato de la vida cotidiana de los antiguos mayas.

**Palabras clave:** Mayas prehispánicos, Actividades de subsistencia, Atavío, Recreación.

## PASSING OF THE DAILY LIFE

### ABSTRACT

Dealing with archaeological materials and early colonial sources, the article gives a brief portray of Mayan prehispanic people daily activities.

**Keywords:** Prehispanic Maya, Daily Activities, Dressing, Recreation.

## DIARIO DEL PUEBLO MAYA

Cuando se habla de los mayas prehispánicos, es común referirse a sus logros en los campos de la astronomía, la arquitectura, las matemáticas o las artes plásticas. Rara vez, en cambio, se habla de las actividades cotidianas, las realizadas por la "gente del común", cuyo trabajo posibilitaba en buena medida la labor de artistas y artesanos y la de los grupos dirigentes.

Describir tales tareas no es empresa sencilla: los registros mayas que poseemos se limitan a ensalzar las gestas de los señores, ignorando al pueblo que los sustentaba, mientras que los europeos, fascinados ya desde los primeros contactos por los logros culturales más visibles, se preocuparon pocas veces por describirnos los afanes y trabajos de todos los días.

De hecho, para esbozar un retablo etnográfico del pueblo maya antiguo contamos apenas con referencias de ciertos cronistas y testimonios indígenas, las evidencias materiales estudiadas por arqueólogos o las que nos proporcionan los escasos códices que sobrevivieron al celo religioso de frailes, así como con algunos diccionarios coloniales tempranos.

Uniendo esos escasos hilos y recurriendo a las comparaciones analógicas con los pueblos contemporáneos es posible urdir una tela que nos permite atisbar en la cotidianidad de los antiguos mayas, aunque resulta a todas luces una tela burda cuando se imagina el magnífico brocado que debió arropar a esta civilización, considerada por muchos como la más deslumbrante de América.

Por razones de espacio me limitaré a un breve esbozo de las actividades de subsistencia, entendida no sólo en sus aspectos puramente económicos, sino también culturales, la cual abarcaba espacios muy amplios, acordes con los diversos nichos ecológicos donde se asentaban los pueblos mayas (tanto regiones selváticas como de alta montaña, costas y páramos, zonas lacustres y pantanosas; bosques de nubliserva y extensos llanos templados).

A esta diversidad habrá que agregar las opciones comunales y personales de la treintena de pueblos que componen la familia maya; opciones que influyeron en su manera de concebir y representar el medio tanto como en las formas de interactuar con él, cambiantes además en el transcurrir de los siglos en que se desarrolló su cultura. Así pues, las siguientes notas, aunque buscan ofrecer un panorama general, ni de lejos dan cuenta de la compleja diversidad factible de encontrar en las actividades que desarrollaban los pueblos mayas para lograr su subsistencia.

## CAZADORES DE BUENA CEPA

### *Pesca y caza*

Existían, como era de esperar de grupos que procedían de una matriz cultural común, conocimientos y técnicas compartidas. Cazar (Fig. 1), por ejemplo, fue desde tiempos antiguos una de las actividades más frecuentes; hay evidencias materiales de ello desde el arribo del hombre a América, hace más de 40000 años. La inmensa variedad de nichos ecológicos ocupados por los mayas explica la diversidad entre las piezas cazadas, para las cuales se desarrollaron distintos métodos, algunos de enorme refinamiento. Las presas podían destinarse al autoconsumo, el intercambio o, a partir de ciertas partes de ellas, la factura de utensilios o productos que se emplearían con fines utilitarios, comerciales, terapéuticos, mágicos o rituales. Pieles y plumas podían servir además como valores de cambio, a manera de monedas.

Imposible listar siquiera las presas, que incluían desde felinos de gran talla como el jaguar, hasta el diminuto colibrí, pasando por faisanes, pumas, patos, jabalíes, tapires, ardillas, tucanes, águilas, conejos, pavos, onzas, zorras, guacamayas, perdices, liebres, tuzas... Destacan por la frecuencia con que se mencionan tres animales:

venados, iguanas y quetzales, proveedores de sabrosas carnes o preciadas plumas y pieles. Los métodos para su captura eran muy variados: redes, lazos, losillas de piedra, hondas, cerbatanas, arcos y flechas (a partir del Posclásico), trampas disimuladas en el suelo y lanzas de pedernal o madera aguzada, entre otras.

En ocasiones —sobre todo cuando se trataba de venados— se organizaban batidas donde podían confluír 50 y hasta 100 individuos que tenían a su cargo no sólo otear las piezas, atraerlas con silbatos especiales, tender las redes o trampas y empujarlas hacia ellas o hacia los cazadores apostados en la espesura, sino incluso llevar a cabo rituales previos, para solicitar permiso y protección a las deidades guardianas de montes y animales, y posteriores para agradecer las presas obtenidas. Eran, por tanto momentos privilegiados de confluencia y colaboración social, amén de ocasión oportuna para recrear los lazos rituales que engarzaban al pueblo.



Figura 1. Las fuentes de la época colonial —en particular los diccionarios— nos hablan de los diversos métodos de caza empleados, destacando el empleo de lazos para atrapar venados, trampas para pequeños mamíferos y roedores, y el uso de cerbatanas para aquellos pájaros perseguidos por su carne más que por su plumaje. Algunas de estas actividades aparecen representadas en la cerámica o en los códices.

Puesto que a menudo la caza de aves (Fig. 2) tenía como objeto apoderarse de sus plumas, las técnicas intentaban atrapar al animal sin dañar su plumaje. Para ello podían usarse redes finas, cestos, luces “encandiladoras” para aves de hábitos nocturnos, la captura manual en los nidos (en particular de polluelos de guacamayas, patos y loros para ser domesticados) y, sobre todo, sustancias viscosas que se colocaban en los sitios donde se posaban los pájaros. Se les arrancaban las plumas requeridas y se les dejaba partir para que plumaran de nuevo.



Figura 2. La frecuente representación de aves en la cerámica (e incluso la escasa metalurgia) nos habla de su importancia para la gastronomía, la economía (algunas multas se pagaban con plumas o aves vivas), el ritual y, por supuesto, la estética.

El aprecio por las plumas de algunas aves era tal que mientras en ciertas áreas se heredaban de padres e hijos como un bien precioso, en otras como La Verapaz, abundante en quetzales, se transmitían generacionalmente los árboles donde anidaban, e incluso los sitios donde acostumbraban ir a beber. Y en algunos grupos, según los cronistas, se castigaba con la pena capital a quien matara una de estas aves.

No es de extrañar; amén de la enorme importancia económica de las aves, cuyos “ropajes” se comerciaban con los altiplanos centrales de México o se tributaban a los señores locales, el universo suntuario de los mayas era en buena medida un universo emplumado: bordadas en los fastuosos huipiles de las clases altas, trenzadas en sus tocados o aretes; adornando sus sombreros y penachos, balanceándose en las andas de los dioses u ondeando en abanicos, insignias y estandartes (como bien muestran los famosos murales de Bonampak) y acompañando los restos mortales de los señores a manera de ofrenda en sus tumbas, las plumas aparecen también como motivo ornamental en la cerámica, la lapidaria, los estucos, los códices y hasta en estructuras arquitectónicas, como se observa en Kaminaljuyú. Figuran incluso en la esfera jurídica, pues no era inusual que las multas por algunos delitos tuvieran que pagarse con plumas y hasta con pájaros vivos.

## AGUAS ALIMENTADORAS

La diversidad de especies acuáticas era incluso mayor, pues recordemos que el área ocupada por los antiguos mayas incluía tanto zonas costeras al mar como muy alejadas de él; paisajes surcados por caudalosos ríos o innumerables arroyos; salpicados de lagos, lagunas, ciénegas, pantanos y esteros. Ante tal abanico ecológico no es raro que los mayas desplegaran de distinta manera su prodigiosa inventiva para hacerse de peces y mariscos, empleando barcas mayores y minúsculas canoas, que podían aderezarse con paja o ciertas ramas suaves para proteger cargas frágiles, facilitar la travesía a los pasajeros o la espera a los pescadores.

Desde ellas podrían obtenerse numerosas presas, la traducción de cuyos nombres da buena cuenta de las peculiaridades de forma, olor, textura, color o hábitos que llamaron la atención clasificatoria de los mayas, como lo muestran algunos ejemplos en distintas lenguas mayances en el siguiente cuadro.

**Cuadro 1. Clasificaciones mayas para especies acuáticas.**

| Nombre común (colonial hispano)                            | Nombre maya          | Traducción literal      |
|--|----------------------|-------------------------|
| Bagre  | Box cay (yuc)        | Cáscara pez             |
| Pez volador  | Tulix cay (yuc)      | Libélula pez            |
| Manatí   | Unic chay (tzetel)   | Hombre pez              |
| Pez aguja  | Ah can-che cay (yuc) | Enramado pescado        |
| Macabí   | Tzootzim (yuc)       | Flaco                   |
| Ballena  | buluc luch (yuc)     | Sumergida jícara        |
| Robalo   | Ch'ib cay (yuc)      | Vara pez                |
| Sardina pequeña  | Chech bac (yuc)      | Huesito (“menor hueso”) |
| Picuda   | Chii cay (yuc)       | Boca pez                |
| Jurel o lobo marino  | Cooch (yuc)          | Feroz                   |
| Corbina  | Iz cay (yuc)         | Camote pez              |
| “Mojarrita” (del lago Atitlán, asiento del grupo tzutuhil) | Tzutuhil car (cak)   | Tzutuhil pez            |
| Pez bobo   | Chitam chai (cholt)  | Jabalí pez              |
| Mero   | Huun cay (yuc)       | Hoja pez                |
| Anguila  | Can cay (yuc)        | Culebra pez             |
| Peje iguano  | Huh cay (yuc)        | Iguana pez              |
| Pulpo  | Mex cay (yuc)        | Barba pez               |
| Pulpo  | Maax cay (yuc)       | Mono pez                |
| Cangrejo   | Bab (yuc)            | Pata                    |
| Ostión   | Booc (yuc)           | Olor                    |
| Ostra  | u-box-el booc (yuc)  | Su caja-de ostión       |
| Camarón  | Xex cay (yuc)        | Semen pez               |
| Lagarto  | Ayin (yuc)           | El escamoso             |

(yuc) yucateco, (cak) cakchiquel, (cholt) choltí, (tzetel) tzeltal.

Para procurarse tales presas podían emplearse redes (de múltiples tipos), figas, anzuelos de hueso, espinas o madera; flechas (acaso "arponadas", tal y como aún lo hacen algunos lacandones), arpones de madera (a veces provistos de sogas y boyas para seguir el rastro de los peces heridos), nasas hechas de varilla, paja o "yerbas", usar la mano para sacar a los cangrejos que se ocultaban debajo de las piedras de los ríos —a veces, poniéndoles algún cebo de pececillos en unos tules, a modo de cordeles tendidos sobre el agua—, o "embarbar" o "matar" las aguas; esto es, verter en ellas algún tipo de sustancia obtenida de raíces o yerbas que "emborrachara" a los peces, facilitando su captura. Una vez turbadas, se atrapaba a las presas usando "atajadizos" o represas que servían para desviar las aguas de los ríos (e incluso en bahías como la de Chetumal).

A más de su carne algunos animales acuáticos proveían a los mayas de otros elementos. Así, los tzeltales empleaban moluscos para teñir telas, los yucatecos aprovechaban los huevos de ciertas variedades de tortugas y peces, los dientes del tiburón nombrado *xooc* para la confección de flechas, y las "sierritas" del pez llamado *ba*, "muy lindas porque son un hueso muy blanco y curioso, que corta como cuchillo", empleadas como instrumentos de autosacrificio "y era oficio del sacerdote tenerlas, y así tenían muchas", asegura Landa.

Los pokomchís conocían las perlas y cierto amizcle de lagarto cuyo uso desconocemos. Y mientras que los chontales copiaban las formas de caracoles y tortugas para elaborar collares y pendientes, los cakchiqueles—señala Coto— hacían unas tortuguitas de metal que se colgaban al cuello, y "para guardar los pollos, del milano o otra ave de rapiña, hacen unos instrumentos de huesecillos o de conchuelas de cangrejos, y aun de cáscaras de huevos y de hojas, que hagan ruido con el aire, y les llaman *xibibal*, *id est* instrumento de espantar". Mucho más melódicos serían los sonidos arrancados de los caracoles marinos (*Strombus gigas*) o los que daba la percusión de los carapachos de ciertas tortugas pequeñas y coloradas,



empleadas por muchos pueblos con fines festivos y rituales (Fig. 3).

Figura 3. La importancia de los recursos acuáticos se hace evidente en los materiales arqueológicos procedentes de tumbas y complejos domésticos que nos muestran entre otras cosas vasijas con formas pisciformes, a manera de caracoles, o representaciones pintadas o esgrafiadas.

Sabemos que los pescados se lavaban "echándolos en remojo", se raspaban con instrumentos filosos para quitarles las escamas y se colgaban en ganchos de madera. Podían salarse o cocinarse envueltos en hojas, asarse en parrillas de palos o "recocerse" con el vaho del calor, freírse en sartenes, soasarse y hasta emplearse como relleno de empanadas. Frescos o preparados, serían comerciados en los mercados, transportados a grandes distancias una vez salados y hasta ofrecidos en las puertas de las casas por los humildes vendedores ambulantes.

Y al igual que ocurría con el de la caza, el mundo de los pescadores tendía sus redes a lo sagrado. Las deidades acuáticas exigían también reconocimiento. Quien mostrase ante ellas reverencia podía obtener buena pesca y hasta fortuna o salud, pues en algunos grupos se consideraba existían “entes sobrenaturales que se les aparecían junto a los ríos”, fuentes, charcos u otras corrientes de agua, que se comunicaban con ciertos especialistas para ayudar a sus devotos.

## MANUAL MAYA PARA VIVIR

### *Productos de recolección y su empleo*

La diversidad de productos de caza y pesca palidece al compararse con la gigantesca variedad de elementos obtenidos a partir de la recolección, que a más de los empleados para alimentarse o sazonar los alimentos (vg. la sal, objeto de un intenso comercio) incluía una enorme gama de materiales para las viviendas, los utensilios de trabajo, la terapéutica, los rituales e incluso el adorno. Tan sólo enumerarlos requeriría un volumen. Mencionemos apenas, como meros ejemplos, la enorme importancia de la miel y cera obtenidas de abejas silvestres y domesticadas, o la apetencia por diversas clases de “gusanos”, como los que se recolectaban para hacer el ungüento llamado *axí*, aquellos otros de los cuales se obtenía una especie de seda, los usados para calmar dolor de muelas e incluso, entre los *cakchiqueles*, unos “gusanillos verdes y vistosos” que se colocaban como adorno en los sombreros.

De la multitud y enorme variedad de árboles y arbustos que crecían en la zona se aprovechaban no sólo los frutos comestibles y la madera como leña, para construir casas, puentes y canoas, y por supuesto múltiples utensilios para la vida diaria: desde mangos para los instrumentos del campo, platos y cucharas hasta escudos (“rodelas”), carrillos para sistemas de poleas, cerraduras y llaves. Las ramas se usaban para hacer escobas, las cortezas resistentes (al igual que los bejucos) servían como cordeles o mecates, en tanto que otras se fermentaban para obtener bebidas embriagantes.

Las flores, símbolo de alegría (en *cakchiquel*, por ejemplo, “estar gozoso y contento” se dice literalmente “tener el corazón florido”), aparecen ornando guirnaldas, sombreros, casas y tumbas, a más de algunas particularmente olorosas que se mezclaban en comidas y bebidas, incluyendo el famoso chocolate. Ciertas hojas, semillas y raíces se consumían en épocas de hambruna, en tanto que algunos frutillos secos eran muy codiciados como “cascabeles”. Las resinas se empleaban como tinta, incienso, mordentes o pegamentos, y no faltaban espinas que fungieran como agujas, clavos, anzuelos, alfileres y hasta como instrumentos de cirugía menor.

Auxiliares particularmente valiosos eran —y siguen siendo— calabazos y jícaras (*Crescentia* sp.). En ellos se transportaba agua, miel, licores, tortillas o hasta semillas para sembrar en la milpa. Rellenas de “granillos y pedrezuelas”, y debidamente provistas de un “tallo”, servían de maracas en los bailes o de sonajas “para acallar a las criaturas”. Partidas, valían por cucharas y, agujereadas, como coladores. En tanto las medianas servían para enjuagarse la boca, las muy grandes, seccionadas a la mitad, hacían las veces de platos, y las pequeñas funcionaban como platillos de báscula y para medir sal, chian y otras semillas diminutas. Se menciona su uso ¡incluso como bacinicas! Los *tzeltales*, por cierto, empleaban el heno como papel de baño.

Mientras que cañas y otras yerbas servían para construir setos, paredes —a veces, revueltas con barro—, esteras, camas (las hamacas, en cambio, se fabricaban con “cordeles”), cestos, sombreros, sandalias y hasta para rellenar almohadas, las palmas proveían de frutas, de “palmitos tiernos” y sobre todo de hojas. Con ellas se tejían abanicos, sandalias, capas para protegerse de la lluvia, esteras, cestería, rodetes para sostener cargas en la cabeza y se fabricaban techos.

Otras hojas, en cambio, servían para cobijar la sal o envolver productos alimenticios, bien para transportarlos, bien para cocinarlos perfumándolos. Y no faltaban las que proporcionaran tintes para las mantas, las

jícaras, el cabello o la piel, y no sólo con fines de ornato (incluso intimidatorio, como ocurría en las batallas) sino también para protegerse de ciertos insectos o con objetivos rituales. Así, entre los cakchiqueles se cubría con “betún” (negro) a los señores cuando accedían al cargo, mientras que los yucatecos teñían de añil (azul) a quien iba a ser sacrificado con flechas.

Rituales eran también los principales usos del copal obtenido de diversas resinas, aunque se usaba asimismo con fines terapéuticos (mascado o diluido en agua), al igual que los diferentes tipos de tabaco, que podían ser fumados o mascados. “Embriagantes” eran también algunos hongos, la fruta del árbol llamado *uqa* en cakchiquel (especie de madroño) y el licor obtenido de la corteza del conocido como *balché* en la península yucateca o, en otros lugares, el que se obtenía dejando fermentar el agua del maguey.

Por lo que toca a tierras, minerales y metales, las fuentes enumeran su utilización como colorantes, barros y desgrasantes para usos cerámicos o constructivos, instrumentos de trabajo en lapidaria y agricultura, navajas de múltiples usos (para afeitarse, cazar, pescar y cortar alimentos, hacer la guerra o efectuar sangrías) y hasta para fabricar juguetes infantiles, como las muñecas de barro estiladas en el Occidente guatemalteco, que igualmente podían ser de palo, trapo o incluso “pellejuelos de animalicos o pájaros llenos de paja”, según apunta fray Tomás Coto.

Bastante más elaboradas eran sin duda las joyas de metal, privilegio de los señores en caso de ser de oro, a la manera de collares, aretes, brazaletes, anillos, narigueras y bezotes. Dada la escasez de metales en la zona, resultaba más común que las joyas se fabricasen con piedras tenidas por preciosas. Uso generalizado era el de materiales pétreos para fabricar instrumentos cortantes, diversos tipos de molinos y hasta espejos.

Es fácil imaginar el riquísimo arsenal terapéutico, que recurría tanto a animales como a plantas y minerales: los textos registran desde analgésicos hasta abortivos, sin faltar siquiera recursos amatorios. Así por ejemplo, mientras que los tzeltales se valían de un caracol (*Aplexa*) como afrodisíaco, el dominico Varea reporta la creencia guatemalteca en que las hojas de la yerba *xulu queh ça3ul*, dada a beber a un hombre o puesta bajo su cabecera, “le hace de buen corazón con sus mujeres para que no las riña ni se enoje con ellas... Toma la metáfora de la hoja, que como se encoge, así dicen se encoge el corazón del que la bebe”.

## LA EXPLOTACIÓN DE LA TIERRA

### **Actividades agrícolas**

Mucho más común —e importante desde el punto de vista económico— que idear técnicas amatorias, era sin duda obtener el alimento diario, actividad que desde al menos el 2500 a.C. descansó principalmente en la agricultura, una vez lograda la domesticación de diversas plantas o la obtención de granos y plántulas procedentes de otras áreas mesoamericanas.

Al interferir en la reproducción biológica de ciertos vegetales, los mayas fueron capaces de transformar radicalmente sus patrones de subsistencia y, con ellos, el resto de sus patrones culturales, pues la vida sedentaria dio origen a cambios no sólo en la esfera material sino también en la organización social y en la religiosa. Puesto que tales hechos son mucho más conocidos, me limito a recordar que buena parte de la vida comunitaria giró en torno al cultivo de la conocida como “tríada mesoamericana”: frijol, calabaza y maíz.

Se trató primordialmente de una agricultura de aquellas calificadas como migratorias o itinerantes: los campesinos talan los grandes árboles y cortan la maleza baja, dejan secar los restos y luego los queman para que las cenizas fertilicen el suelo. Siembran más tarde las semillas con un bastón plantador, calculando la temporada de lluvias a fin de que las pequeñas plantas germinadas se beneficien justo a tiempo de las aguas. Vendrían luego las limpiezas continuas del terreno para evitar que la maleza ahogase las plántulas



o les robase nutrientes, el ocasional abono con estiércol animal o productos vegetales, la factura de camellones para facilitar el tránsito del agua, la colocación de tierra en torno al tallo para sostenerlo, la lucha continua contra los predadores naturales, el riego a mano cuando las lluvias se mostraban avaras. Pasados ciertos ciclos de siembra/cosecha, cuya duración varía según el tipo de suelo, se deja descansar el terreno y se procede a repetir la operación en otro, de preferencia colindante.

Puesto así, el asunto se antoja sencillo y hasta ramplón, pero nada más alejado de la realidad. Baste recordar que en la época prehispánica no se empleaban instrumentos de hierro, para poder imaginarse el tiempo y esfuerzos necesarios para talar los exuberantes árboles tropicales empleando hachas de piedra. Y tampoco había animales factibles de emplearse como bestias de carga o tiro, por lo cual todas las labores de arrastre, volteo de tierra y aradura reposaban en la fuerza humana, sometida además a ocasionales caprichos de la naturaleza, bastante veleidosa en un área transitada continuamente por ciclones y huracanes, cuando no sacudida por fenómenos sísmicos.

Por otra parte, no bastaba producir lo que consumía la propia familia; con la sedentarización se aceleró el desarrollo de las ciudades y la institucionalización de un pesado aparato dominante que incluía funcionarios civiles, religiosos y artesanos, a los que los campesinos debían proveer de alimento.

Si bien primordial, no era este tipo de agricultura el único soporte del refinado, vasto y complejo grupo dominante. Aunque no poseemos estudios suficientes al respecto es de suponer la importancia de la agricultura practicada en los huertos domésticos, donde se localizaba buena parte de los frutales y verduras. Asimismo, ya desde el período llamado Preclásico Medio existen evidencias de un importante desarrollo agrícola que vendría a cristalizar en nuevas técnicas de cultivo tales como sistemas de riego —campos drenados, canales, acequias, diques, acueductos—, terrazas para nivelar terrenos con pendientes excesivas, plataformas para evitar humedades indeseables y chinampas. Todo ello permitió una generación mayor de excedentes que darían pie al portentoso desarrollo maya en la conocida como época clásica.

## EL ARTE DE ORNAR EL CUERPO

### *Del atavío*

La centralización del poder surgida en el Clásico, que tuvo como corolario la consolidación de sociedades estatales, incidió en una mayor especialización laboral, que incluía albañiles, pintores, escribas, comerciantes y guerreros de tiempo completo (incluyendo mercenarios), junto con un creciente número de artesanos de la piedra (Fig. 4), la madera, el hueso, el barro o las fibras textiles. Puesto que el área maya destacó en Mesoamérica como productora de textiles, bien vale la pena detenerse un momento en estos últimos. Sabemos que había quienes desmotaban las semillas del algodón, carmenaban las fibras para desenredarlas, las peinaban, las hilaban con husos (de diferente grosor dependiendo del tejido que se pretendiera hacer) y lo devanaban para obtener las madejas que emplearían las tejedoras en sus telares de cintura para urdir y tramar. Las telas finalmente obtenidas podían ostentar brocados, bordados con aguja, estampados, hilvanados, deshilados e incluso labores de plumería, dependiendo de la moda, los usos locales y, por supuesto, las posibilidades económicas de quien adquiriese el textil o lo bordase para sí.



Figura 4. Tal como en la época prehispánica, las artesanías siguen siendo factor fundamental en la vida cotidiana de los pueblos mayas actuales, tanto con fines utilitarios como comerciales. Cerámica y cestería son actividades muy difundidas, y algunos grupos como los lacandones siguen fabricando incluso canoas a la manera antigua (excavando troncos de ceiba), mientras que otros, como los asentados en las Tierras Altas de Guatemala, han encontrado en la fábrica de máscaras para los turistas una buena fuente de ingresos.

El empleo de plumas, pese a que las más exóticas no eran sin duda baratas, parece haberse contado entre las prácticas más preciadas y difundidas en el área maya. Consta, por ejemplo, que las mujeres huastecas trenzaban sus cabellos con plumas de diversos colores; que las famosas narigueras tubulares —cuyo uso estaba limitado a jefes y principales—, consistían en cañutos de oro, dentro de los cuales “atravesaban un plumaje colorado” y que estos señores se presentaban a la guerra ataviados con vistosos tocados de plumas, a más de ornarse con ellas en la espalda y las orejas. Otro tanto registra algún cronista dominico acerca de los mayas de Yucatán y Campeche: “todo lo que visten y calzan es labrado galanamente con plumas de diversos colores y con algodón colorado y amarillo”.

En contraste con los sencillos vestidos de los hombres del común, que a menudo se restringían a un braguero de algodón y “camisetas sin mangas”, los señores yucatecos de Sinanché —según se apunta en las famosas *Relaciones histórico geográficas* del siglo XVI— portaban “mantas con mucha plumería”, en tanto que los de Muchuppipp y la provincia de Cochuah se ataviaban con “xicoles de algodón y pluma tejidos a manera de chaqueta de dos faldas de muchos colores” y bragueros que tenían en las puntas “muchísima plumería”. Los mercaderes yucatecos se distinguían por portar hermosos abanicos de palma o plumas junto con cayados y bolsas de red para transportar las unidades de cambio, y los guerreros se presentaban a batalla “desnudos, y con plumajes y muy embijados”.

Los datos que poseemos sobre los pueblos mayances del actual Chiapas en las etapas del contacto con hispanos se refieren, en su mayoría, a los tzeltales de Copanaguastla y a los tzotziles de Zinacantan, pero nos sirven para imaginar lo que ocurría en el resto del área. Los primeros, habitantes de un pueblo considerado “madre del algodón”, eran famosos por sus trabajos con dicha fibra; en particular sus mantas: las había delgadas, gruesas, tejidas, bordadas, hiladas, labradas, deshiladas, bordadas sólo en la orilla; blancas, negras, rojas, pintadas con palo de brasil, listadas o de color bermellón.

Con ellas se confeccionaban vestidos de trabajo, de fiesta, de bodas, de luto o de guerra (“cotas”), a la vez que se hacían mortajas, pañales, pabellones, cortinas, escudos (también elaborados con cuero), pañuelos,

vendas, coladores, sábanas, colchones e incluso “retablos” y fajas para aliviar las hernias inguinales. Pero no se empleaban únicamente ropas de algodón; también nos hablan los diccionarios de las hechas con “lino de maguey” (usado además para fabricar vendas) y de aquellas —como las nupciales— donde se entreveraban plumas a lo largo del tejido, destacándose las verdes, al parecer proporcionadas por quetzales, papagayos y loros.

Las mujeres copanaguastlecas, cubiertas con naguas y huipiles, acostumbraban trenzarse el cabello, adornándolo con cintas, depilarse las cejas y pintarse el rostro con óxido de hierro. Gustaban de collares, sartaes de cuentas y pretales de cascabeles, y compartían con los hombres la afición por bezotes y narigueras de ámbar, y coronas de flores, plumas e incluso metal. Como atavío (Fig. 5) masculino figuran bragueros, camisas con mangas y tilmas. Los hombres solían llevar los cabellos largos, cubiertos en ocasiones con sombreros adornados con plumas o penachos. En el otro extremo del cuerpo, huaraches de fibra de maguey o ixtle, cuero de venado o palma, en ocasiones con suela de manta gruesa.



Figura 5. Dioses, guerreros, mujeres nobles o del pueblo común, modelados en cerámica o representados en vasijas, códices y murales, muestran la diversidad y belleza del atavío maya.

El atavío de los tzotziles zinacantecos parece haber sido bastante más pobre: se empleaban tocas, capas tejidas de palma para cubrirse de la lluvia, pañuelos teñidos con grana cochinilla, guantes, vestiduras de pelo de conejo, turbantes, “guirnaldas o coronas” para bailar, e incluso se apunta el uso de “perfumes”.

Pero sería inexacto creer que usar atavíos muy elaborados fuese privilegio de todos; penachos de plumas ricas o narigueras de ámbar eran distintivo de unos cuantos; el ir descalzo y apenas cubierto con un taparrabo era la sola posibilidad de la inmensa mayoría. Así, hablando de Zinacantan hacia 1545, apuntó Tomás de la Torre: “Andan desnudos, y cuando el frío o la fiesta les fuerza a vestir, poniéndose una manta sobre los hombros con dos nudos a la parte derecha”.

Ya que la posesión de plumas o tejidos entreverados con ellas denotaba riqueza (podían hasta alquilarse para las danzas), no es de extrañar que en la época prehispánica los “oficiales de pluma” formaran parte de los grupos de artesanos al servicio de los señores, y se beneficiaran del tributo del pueblo común, a veces contratando incluso mano de obra más barata. Sabemos, por ejemplo, que entre cakchiqueles y copanaguastlecos había mujeres que tejían para comer, “alquilándose” para labrar y bordar mantas a cambio de un poco de maíz, por lo cual resulta cuesta arriba creer que pudiesen a menudo portar las ropas finas que ellas mismas confeccionaban. Y también se registra la presencia de huaraches zurcidos y vestidos remendados, que se conocían exactamente como *loltic*, la misma voz que designaba a un hombre “llagado”. Hilos que nos orientan para reconstruir la urdimbre del tejido social.

## EL OFICIO DE UN CAMINANTE

### Comercio y comerciantes

Agentes primordiales en este ir y venir de vestidos y parafernalia eran los comerciantes, que según parece ocupaban una posición bastante destacada en toda el área maya. En los diccionarios se enumeran mercaderes que vendían en tianguis y ferias, de puerta en puerta, en tiendas, por los caminos y en el umbral de su casa, a la vez que se distingue entre quienes lo hacían al mayoreo, al menudeo, fiando, trocando (vg. maíz o chile por sal o cacao) e incluso a los que aceptaban el regateo y a quienes trampeaban en los precios.

Los vemos aparecer, solos o conduciendo a un grupo de cargadores —alquilados o esclavos—, por calles, calzadas de piedra, anchos caminos, veredas, atajos y hasta ríos, provistos de mecapales, rodetes para la cabeza y albardillas forradas de cuero. En correspondencia con tal variedad de mercaderes, los compradores aparecen adquiriendo productos “a la rebatiña”, “por grueso” (mayoreo) o por poquitos; esas “compras de pobre o huérfano”, para emplear las expresiones de los textos tzeltales.

Buena muestra de la importancia de textiles y otros implementos para el atavío es la frecuente mención de tintes (achiote, añil, palo de brasil y Campeche, grana y ciertos moluscos), obtenidos por los mercaderes no sólo en el área maya sino también en Oaxaca, la zona zoque, y la costa del Soconusco. De Guatemala y el centro de México vendrían las agujas de cobre, apetecibles por ser más duraderas que las de maguey, hueso o madera, y hasta contrapesos de oro para los husos de las grandes señoras.

De los altiplanos llegaba también buena parte de las pieles de conejo y el “lino de maguey”, en fibra o ya confeccionado. ¿Los valores de cambio? Hachuelas de cobre, plumas, mantas y cacao. Pero había que andarse con cuidado, pues no faltaban comerciantes tramposos que rellenaban las almendras de cacao, acaso con masa de maíz o cuescos de aguacate. Tal hacían también los comerciantes aztecas (además de soasarlos para que aparecieran más grandes, maduros y gruesos), contra cuyas triquiñuelas advertía el franciscano Molina ¡nada menos que en un confesionario! Aún más peligrosos parecen haber sido los ladrones —que también los había en la sociedad maya—, en particular los asaltantes, que despojaban a los “tamemes” o cargadores de los codiciados productos que acarreaban entre un lugar y otro.

## ESPECTÁCULOS ITINERANTES

### Actividades recreativas

Tal como ahora, existían también individuos que se ganaban la vida distrayendo a los otros. Este era el caso de músicos, danzantes y bufones. De ello da fe, entre otras fuentes, uno de los textos de origen prehispánico que sobrevivieron en los *Cantares de Dzitbalché*, llamado “El apagamiento del anciano sobre el monte”, metáfora para referirse a las ceremonias del fuego nuevo con que se recibía un *katún*, un nuevo período de tiempo. En él, junto con la erección de la estela que daba cuenta del acontecimiento, se mencionan los dioses venerados, los instrumentos musicales, la escuela de canto y danza (*popolná*), sus maestros, y algunos de los actores que participaban en las representaciones:

*Declina el sol en las faldas del cielo al poniente;  
suenan el tunkul , el caracol y el zacatán y se sopla la cantadora jícara.  
Se seleccionan todos... han venido.  
Después, saltando, van a llegarse hasta el popolná, donde está el Ahau Can...  
Han llegado los músicos cantantes, los farsantes, bailarines contorsionistas,  
saltarines y los corcovados y los espectadores.*

*Todas las personas han venido a la diversión que se hará en medio de la plaza de nuestro pueblo.*

*Al comenzar a penetrar el sol en las faldas de la superficie del cielo es el momento conveniente para iniciar...*

El texto, como vemos, alude a los prestigiados "nigrománticos" o "farsantes" que, a la usanza de los juglares occidentales, viajaban por los pueblos representando comedias jocosas e incluso obscenas, imitando sonidos de aves, contando y cantando historias antiguas o creando otras nuevas en las que acostumbraban satirizar a los gobernantes en turno ("Son graciosísimos en los chistes y motes que dicen a sus mayores y jueces: si son rigurosos, si son blandos, si son ambiciosos, y esto con mucha agudeza y en una palabra...", apuntó Sánchez de Aguilar hacia 1615), o interpretando distintas clases de suertes que sin duda harían las delicias del pueblo.

Así, quemaban un pañuelo para luego mostrarlo completo, sacaban agua de la cacha de un cuchillo, se golpeaban con gruesas piedras en el pecho y otras partes del cuerpo sin mostrar dolor o daño, quebraban huevos y los volvían a unir, tragaban fuego sin quemarse, cortaban el tronco de un árbol "de gran magnitud" y tornaban a pegarlo. Y según los cronistas había algunos tan hábiles que fingían formar "en las plazas o campos un mar, un río y una fuente o poza muy profunda".

El célebre Bernardino de Sahagún consignó desde época muy temprana la ejecución de este tipo de juegos de ilusionismo entre los mayas-huastecos, de quien nos dice que además de cantores y bailarines eran "amigos de hacer embaimientos, con los cuales engañaban a las gentes, dándoles a entender ser verdadero lo que es falso, como es dar a entender que se queman las casas que no se quemaban, y que hacían parecer una fuente con peces. Y no era nada, sino ilusión de los ojos. Y que se mataban a sí mismos, haciéndose tajadas y pedazos sus carnes, y otras cosas que eran aparentes y no verdaderas".

Aunque las descripciones de tales actos proceden de la época colonial, no cabe duda que el arte de los nigrománticos era de raigambre profundamente prehispánica. En el *Popol Vuh* se habla de cómo los héroes gemelos, con tal de vencer a los señores del Inframundo, se dejaron quemar en una hoguera, moler sus huesos y lo resultante ser arrojado a las aguas de un río, para luego aparecer como hombres peces. Asimismo, quemaban las casas y las volvían a su estado anterior, se mataban y resucitaban mutuamente.

Al igual que sus descendientes del siglo XVIII, Hunahpú e Ixbalanqué entremezclaban tales actos de magia con bailes como el *ixtzul*, danza particularmente violenta que entre sus pasos incluía el meterse "palos por las gargantas y huesos de las narices" y darse "grandes golpes en los pechos con una gran piedra". Ni más ni menos que como los "nigrománticos" descritos siglos después.

La civilización maya también creó espacios e individuos para el disfrute. Músicos y bailarines profesionales, maestros de danza y canto, y sexoservidoras, entre otros múltiples oficios, se daban cita tanto en los grandes centros urbanos como en los pequeños poblados rurales, procurando entretenimiento y solaz a las elites gobernantes o prestando sus servicios al pueblo humilde, cuando no a unos y a otros al mismo tiempo, como hacían en ocasión de fiestas públicas los comediantes de moda quienes, según el testimonio de Landa, deleitaban al pueblo de Chichén Itzá desde altos escenarios en "teatros de cantería".

Pocos años después de la conquista española, el encomendero Juan Farfán presenció una de las últimas festividades de un "año nuevo" en Yucatán, y se sorprendió ante la diversidad de bailes ("que serían más de mil géneros") y la nutrida asistencia: "...se juntarían más de 15 mil indios y que venían de más de 30 leguas a verlo porque, como digo, lo tenían ellos por muy grandísima cosa", apuntó.

Con mayor o menor fasto, sin duda otro tanto ocurría a lo largo y lo ancho del área maya. Carpinteros, lapidarios, escribas, agricultores, ceramistas, recolectores, cargadores, mensajeros, parteras, nanas,

rezadores, curanderos, sepultureros, adivinos, remeros, cazadores, tejedoras, pescadores, y todos los representantes de la enorme variedad de oficios factibles de encontrar en una civilización tan refinada como la maya, confluían ocasionalmente en los centros ceremoniales y aprovecharían para intercambiar noticias, productos, técnicas y experiencias, cuando no para concertar alianzas.

Para otros, sería ocasión propicia para recrear los lazos sociales y rituales que engarzaban al pueblo. Y puesto que la subsistencia de los hombres, del universo todo, dependía del mantenimiento de los dioses, se les ofrendaría, mientras se invocaba su protección con palabras acaso similares a las que registra el *Popol Vuh*:

¡Oh tú, Tzacol, Bitol! ¡Míranos, escúchanos! ¡No nos dejes, no nos desampares, oh Dios que estás en el cielo y en la tierra, Corazón del Cielo, Corazón de la Tierra! ¡Danos nuestra descendencia, nuestra sucesión, mientras camine el Sol y haya claridad! ¡Que amanezca, que llegue la aurora! ¡Danos muchos buenos caminos, caminos planos! ¡Que los pueblos tengan paz, mucha paz, y sean felices. Y danos buena vida y útil existencia! ¡Oh tú, Hunahpú, Tepeu, Gucumatz, Alom, Qaholom, Ixpiyacoc, Ixmucané, abuela del sol, abuela de la luz! ¡Que amanezca y que llegue la aurora!

## BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, René (ed.) (1978) *Farsas y representaciones escénicas de los mayas antiguos*. México: UNAM, IIF, CEM.
- Álvarez, María Cristina (1984) *Diccionario etnolingüístico del idioma maya yucateco colonial*, 2 vols. México: UNAM, IIF, CEM.
- Ara, Domingo de (1986) *Vocabulario de lengua tzeltal según el orden de Copanabastla*, Ed. de M.H. Ruz. México: UNAM. IIF, CEM.
- *Cantares de Dzitbalché* (1965) Trad., introd. y notas de A. Barrera V. México: INAH. 1965.
- Coto, Tomás de, *Thesaurus verborum. Vocabulario de la lengua cakchiquel vel guatemalteca, nuevamente hecho y recopilado con summo estudio, trabajo y erudición* (1983) ed., introd. y notas de R. Acuña. México: UNAM.
- Chase, Arlen F. y Prudence M. Rice (eds.) (1985) *The Lowland Maya Postclassic*, Austin: University of Texas Press.
- Flannery, Kent V. (ed) (1982) *Maya Subsistence. Studies in Memory of Dennis E. Puleston*, New York & London: Academic Press.
- Hudson, Jean, "Spatial Analysis of Faunal Remains in Hunter-Gatherer Camps", *Etnoarqueología. Primer coloquio Bosch-Gimpera* (1990) ed. Y. Sugiura y M.C. Serra P. México: UNAM, IIA. pp. 219-240.
- Hunn, Eugene S. (1977) *Tzeltal Folk Zoology. The classification of Discontinuities in Nature*, New York & London: Academic Press.
- Landa, Diego de (1994) *Relación de las cosas de Yucatán*, edición y estudio de Ma. del Carmen León. México: CNCA.
- Laughlin, Robert M. y John B. Haviland (eds.) *The Great Tzotzil Dictionary of Santo Domingo Zinacantan. With Grammatical Analysis and Historical Commentary*, 3 vols. Washington: Smithsonian Institution Press. 1988.
- *Libro de Chilam Balam de Chumayel* (1973), Trad. de A. Mediz Bolio. México: UNAM.
- Miles, Suzanne W. 1983) *Los pokomames del siglo XVI*, trad. de F. Rojas Lima. Guatemala: SISG.
- Morán, Francisco, *Arte y diccionario en lengua choltí* (1935). *A manuscript copied from the Libro Grande of about 1625*, Ed. facsimilar de W. Gates. Baltimore: The Maya Society.
- Ochoa, Lorenzo (1979) *Historia prehispánica de la Huasteca*. México: UNAM, IIA.
- Pérez Suárez, Tomás (1996) "De los orígenes a las primeras aldeas", *Los mayas. Su tiempo antiguo*. G. Bustos y A. L. Izquierdo (eds.). México: UNAM, IIF, CEM. pp. 85-100.
- *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché* (1980) Trad. y notas de A. Recinos, en M. de

la Garza, Literatura Maya, Caracas: Editorial Galaxis (Bibl. Ayacucho: 57).

- *Relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán* (1983) Ed. de M. de la Garza et al., paleografía de Ma. C. León. México: UNAM, 2 vols. (Fuentes para el estudio de la cultura maya: 1 y 2).
- Ruz, Mario Humberto (1992) *Copanaguastla en un espejo. Un pueblo tzeltal en el Virreinato*, 2a. ed.. México: INI-CNCA.
- Ruz, Mario Humberto (1997) *Gestos cotidianos. Acercamientos etnológicos a los mayas de la época colonial*, Campeche: Instituto de Cultura, universidades autónomas del Carmen y de Campeche e Instituto Campechano.
- Sahagún, Bernardino de (1981) *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. de A. Ma. Garibay, 4a. ed.. México: Porrúa.
- Sánchez de Aguilar, Pedro (1987) Informe contra *Idolorum cultores* del obispado de Yucatán, en *El alma encantada. Anales del Museo Nacional de México*, presentación de F. Benítez. México: FCE, pp. 17-122
- Thompson, J.Eric.S. (1979) *Historia y religión de los mayas*, México: Siglo XXI Eds.